

Éxodo 34:5-9

Vigésimo cuarto domingo después de Pentecostés Nov. 6, 1994

Exodo 34:5-9 ⁵Entonces descendió Jehovah en la nube, y se presentó allí a Moisés; y éste invocó el nombre de Jehovah. ⁶ Jehovah pasó frente a Moisés y proclamó:

-- ¡Jehovah, Jehovah, Dios compasivo y clemente, lento para la ira y grande en misericordia y verdad, ⁷que conserva su misericordia por mil generaciones, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado; pero que de ninguna manera dará por inocente al culpable; que castiga la maldad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, sobre la tercera y sobre la cuarta generación.

⁸Entonces Moisés se apresuró a bajar la cabeza hacia el suelo, y se postró ⁹diciendo:

-- Oh Señor, si he hallado gracia ante tus ojos, vaya por favor el Señor en medio de nosotros, aunque éste sea un pueblo de dura cerviz. Perdona nuestra iniquidad y nuestro pecado, y acéptanos como tu heredad. (RVA)

En el Catecismo aprendemos que el nombre de Dios es Dios mismo, como él se ha revelado a nosotros. En ninguna parte hasta la gran revelación de Dios en la encarnación de su Hijo Jesucristo para ser el Salvador del mundo tenemos una revelación más gloriosa del nombre salvador de Dios que aquí en el capítulo 34 de Éxodo. Aquí es Dios mismo que proclama a Moisés el verdadero significado de su nombre salvador, Jehová. Cuando consideramos esta proclamación veremos que no hay nada más consolador para el hombre pecador que precisamente este gran nombre salvador, Jehová. Meditemos esta mañana, entonces, en la revelación que Dios da de su nombre. Veremos en primer lugar lo que significa su nombre, y en segundo lugar cómo debemos usar su nombre.

Para entender la grandeza de esta proclamación del nombre de Jehová, será útil que consideremos la situación en que Dios hizo esta proclamación. Dios acababa de hacer su pacto con su pueblo Israel en el monte Sinaí. Él les había escogido y adoptado para ser su pueblo especial, por lo cual ellos deben obedecer a su Dios conforme a las leyes y los estatutos que él les daría por medio de Moisés en Sinaí. Esto el pueblo prometió hacer. Moisés volvió al monte para recibir la ley en las dos tablas de piedra, pero como según el criterio del pueblo él

tardaba en volver, contrario al mismísimo primer mandamiento de Dios, el pueblo erigió un becerro de oro, declararon una fiesta, y adoraron a ese becerro, atribuyendo todas las obras salvadoras que habían experimentado en se reciente rescate de Egipto a ese becerro. Según los términos del pacto de la ley, tan recientemente establecido con ellos, solamente podría haber un resultado, su rechazo y destrucción de parte de Dios. Porque esta ley decretaba de todos los que quebrantaran esa ley: “yo soy Jehovah tu Dios, un Dios celoso que castigo la maldad de los padres sobre los hijos, sobre la tercera y sobre la cuarta generación de los que me aborrecen.”

Sin embargo, Moisés, el fiel mediador, y en esto un prototipo de nuestro Señor Jesucristo, intercedió, pidió gracia y perdón para el pueblo, hasta ofreciendo a sí mismo para ser destruido si de este modo Dios perdonara y salvara al pueblo. En su gracia Dios accede, y le asegura que volverá a estar con el pueblo y guiará al pueblo. Cuando Moisés luego pidió ver la gloria de Jehová, Jehová declaró que le mostraría toda su bondad o toda su hermosura. Esto lo hizo, escondiendo a Moisés mientras él pasaba, y mostrándo sus espaldas, y declarando su nombre.

“¡Jehovah, Jehovah, Dios compasivo y clemente.” Jehová, el incambiable “Yo soy el que soy” es eternamente caracterizado por su compasión y clemencia. Aun donde los hombres han merecido el castigo, como Adán y Eva después de su pecado, como los Hijos de Israel en esta ocasión, Dios sigue siendo el que se deleite en mostrarse compasivo y clemente, un Dios de gracia, que no trata con nosotros conforme a nuestros pecados ni nos castiga conforme a nuestra iniquidad. En el sentido absoluto, solamente Dios es compasivo y clemente, que de su propia libertad y voluntad perdona a los pecadores y tiene misericordia de ellos. “Tendré misericordia del que tendré misericordia y me compadeceré del que me compadeceré.”

Dios se revela “lento para la ira.” Ya que su misma esencia es misericordia, compasión, clemencia, no manifiesta su ira inmediatamente y en el grado que han merecido nuestros pecados, sino se muestra paciente, dando oportunidad para el arrepentimiento, y cuando esto resulta, pronto se enfría y se aparta su ira. Esto no elimina su ira contra el pecado, que cuando su gracia es rechazada y menospreciada quemará hasta las mismas profundidades del infierno. Pero no se deleite en mostrar su ira y castigo, no quiere la muerte del impío, sino que se torne de su mal camino y viva.

Dios es “grande en misericordia y verdad.” Estas palabras, que tan frecuentemente van juntas, enfatizan más que nada la inmensidad de su gracia. Su misericordia y fidelidad, que sería una mejor traducción, son eternas e ilimitadas. No hay variación

en su amor, bondad y misericordia. Esto se muestra sobre todo en el Nuevo Testamento, en donde oímos que la ley vino por medio de Moisés, mas la gracia y la verdad por medio de Jesucristo. Es en Cristo, tomando los pecados de los hombres sobre sí mismo, pagando el precio completo, reconciliando al mundo con el Padre ofendido por el pecado de la humanidad, que vemos la plenitud de la gracia de Dios, y el amén, su fidelidad a todas las promesas de gracia que ha dado desde la fundación del mundo. En Cristo Jehová mismo vino al socorro de su pueblo pecaminoso, y borró sus pecados con su propia sangre.

Y es así como Dios se revela como el que “conserva su misericordia por mil generaciones.” A los penitentes, en Cristo “perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado.” Hay tres términos aquí para el pecado. Cada uno tiene su énfasis particular. La palabra traducida con “iniquidad” quiere decir “culpa” delante de Dios. Es el pecado en cuanto es una transgresión de la ley divina que exige castigo. La palabra traducida aquí con “rebelión” es una afrenta contra la gracia de Dios, apostasía o apartarse de Dios contra mejor conocimiento. La palabra traducida sencillamente con “pecado” es lo que no alcanza la meta, lo que se desvía de los caminos de Dios. Incluye también todos los pecados de debilidad que aun los cristianos diariamente cometen. De todos los pecados, y de todas las diversas clases de pecado, Dios mismo en este maravilloso sermón sobre su nombre salvador declara que los perdona. “Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia.”

¿Quiere decir que Dios no está en serio en advertir y amenazar castigar el pecado? De ningún modo. “Pero que de ninguna manera dará por inocente al culpable; que castiga la maldad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, sobre la tercera y sobre la cuarta generación.” Dios está tan en serio que no deja a nadie completamente sin culpa y sin castigo — Pero, aun esto lo quiere usar ahora en servicio de su gracia. Los castigos temporales deben llevar a los hombres al arrepentimiento. Deben ejercer a los creyentes en la santificación, y corregirlos para que no pierdan su arrepentimiento y fe y perezcan finalmente. Así notemos, su ira es subordinado a su gracia. Mientras su gracia dura por mil generaciones, su castigo es por tres o cuatro.

Esto es el gran sermón sobre el nombre de Jehová, proclamado por Jehová mismo. Pero todo buen sermón debe tener su aplicación. Aquí también tenemos que preguntar, ¿cómo debemos usar este nombre salvador y esta proclamación de su nombre. Tenemos el indicio en lo que hace Moisés en los demás versículos de nuestro texto.

“Entonces Moisés se apresuró a bajar la cabeza hacia el suelo, y se postró diciendo: -- Oh Señor, si he hallado gracia ante tus ojos, vaya por favor el Señor en medio de nosotros, aunque éste sea un pueblo de dura cerviz. Perdona nuestra iniquidad y nuestro pecado, y acéptanos como tu heredad.” Confiesa el pecado del pueblo. Son un pueblo de dura cerviz, un pueblo que está llena de iniquidad, culpa, un pueblo que ha cometido el pecado. Pero como Dios mismo ha revelado que es un Dios de gracia, un Dios que se deleite en perdonar, un Dios que es misericordioso y que fielmente cumple todas sus promesas de gracia, Moisés recoge valentía para pedir que Dios haga precisamente lo que promete hacer, perdonar a su pueblo duro de cerviz y rebelde, demostrar su clemencia y paciencia. No es la única vez. En otra ocasión cuando el pueblo fue rebelde y casi apedreó a Moisés y Aarón, Moisés otra vez intercede, recordando este pasaje: “Jehovah es lento para la ira y grande en misericordia. El perdona la iniquidad y la rebelión, pero de ninguna manera dará por inocente al culpable. Castiga la maldad de los padres sobre los hijos, sobre la tercera y sobre la cuarta generación.”¹⁹ Perdona, pues, la iniquidad de este pueblo según la grandeza de tu misericordia, como lo has perdonado desde Egipto hasta aquí. Entonces Jehovah dijo: -- Yo lo he perdonado, conforme a tu palabra.”

Y cada creyente individual, consciente de su propia culpa y pecado debe hacer lo mismo. En el Salmo 86 dice el salmista: “Pero tú, oh Señor, Dios compasivo y clemente, lento para la ira y grande en misericordia y verdad, mírame y ten misericordia de mí.” Y en el Salmo 25: “Todas las sendas de Jehovah son misericordia y verdad para con los que guardan su pacto y sus testimonios. Por amor de tu nombre, oh Jehovah, perdona también mi iniquidad, porque es grande.” Así también el Salmo 103 alaba la misericordia fiel de Dios: “Compasivo y clemente es Jehovah, lento para la ira y grande en misericordia. No contendrá para siempre, ni para siempre guardará el enojo. No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados. Pues como la altura de los cielos sobre la tierra, así ha engrandecido su misericordia sobre los que le temen. Tan lejos como está el oriente del occidente, así hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones. Como el padre se compadece de los hijos, así se compadece Jehovah de los que le temen.” Y nosotros también debemos acercarnos al Padre celestial, como los hijos amados a su amoroso padre, seguros de que en él nosotros también encontraremos abundante gracia y el perdón de todos nuestros pecados. O acaso no será fiel a sus promesas también en nuestro caso, o Cristo habrá muerto en vano en nuestro caso? No, no puede ser así. El Dios que fue misericordioso y fiel ese día que habló con Moisés, es igualmente misericordioso y fiel hoy. Todavía perdona la iniquidad y la rebelión y el pecado. Aunque nuestros pecados

hayan sido los peores en la historia del mundo, aunque hayamos sido el primero de los pecadores, la sangre de Cristo nos limpia de todo pecado.

Como Moisés, entonces, como los salmistas, apliquemos estas palabras de este sermón proclamado por Dios mismo a nosotros también, no dudando sino estando absolutamente seguros, que Dios perdonará aun a nosotros de su pura gracia y por los méritos de Cristo. Amén.